

Mario Martín Gijón

Un segundo destierro

M. Carmen Domínguez Gutiérrez

Università Ca' Foscari Venezia, Italia

Reseña de Martín Gijón, Mario (2018). *Un segundo destierro. La sombra de Unamuno en el exilio español*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, pp. 352

La figura de Unamuno resurge una y otra vez en la historia literaria, y política, de la primera mitad del siglo XX español; bien sea para denostarla que para alabarla, ha habido pocos escritores españoles que hayan influido tan profundamente en sus contemporáneos. Personaje controvertido por su apoyo inicial al bando sublevado en 1936, su famoso encontronazo con Millán Astray lo confinó en su casa donde murió en los albores de la contienda. Inmediatamente después, en la España franquista, con honrosas excepciones, como el estudio que le dedicó Julián Marías o la edición que de su poesía hizo Luis Felipe Vivanco, fue duramente criticado o directamente censurado y silenciado. Por el contrario, el exilio republicano, prácticamente en bloque, le perdonó su traición a la Segunda República y lo defendió como uno de sus padres intelectuales, reivindicando su figura y recuperando su legado, en particular al Unamuno disidente de la década de los años veinte, cuya oposición a la monarquía de Alfonso XIII y a la dictadura de Miguel Primo de Rivera le valieron el exilio en Canarias y, después, el destierro voluntario en Francia.

En este libro, Martín Gijón, profesor de la Universidad de Extremadura, estudia la influencia de Miguel de Unamuno en los intelectuales exiliados, en especial ese sentimiento de fracaso del proyecto modernizador republicano que los alineó con el 'maestro' en su



Submitted 2018-09-14
Published 2019-06-21

Open access

© 2019 | Creative Commons Attribution 4.0 International Public License



Citation Domínguez Gutiérrez, Carmen M. (2019). Review of *Un segundo destierro. La sombra de Unamuno en el exilio español*, by Martín Gijón, Mario. *Rassegna iberistica*, 42(111), 211-214.

DOI 10.30687/Ri/2037-6588/2019/111/013

situación de exilados políticos y en su visión trágica de la vida y su interpretación cainita del problema de España. Pero lo novedoso de esta obra es que, en palabras del propio autor, este libro más que recoger lo que los exiliados dijeron de Unamuno, estudia «lo que Unamuno hizo decir en ellos» (18). Es por tanto, un estudio sobre la recepción de un autor, Unamuno, en una generación posterior que, en su mayor parte está exiliada.

Martín Gijón se apoya metodológicamente en la teoría de «la ansiedad de la influencia» propuesta por Harold Bloom en 1973, para analizar las distintas formas en las que los escritores reaccionan ante la ansiedad que en ellos despierta la conciencia de la influencia sobre ellos de un determinado precursor y «cómo la admiración y el miedo a dejarse colonizar desarrolla en ellos determinadas estrategias que les permitan seguir un camino sentido como propio y que consiste en una lectura deliberadamente errónea pero creativa de la obra que les influye» (140). Desfilarán, pues, ante los ojos del lector, entre otros muchos, autores como María Zambrano que bucea en las ideas de Unamuno acerca del lenguaje, la palabra y la mística para aclarar sus propias intuiciones, cuya intención es la de «acabar» la obra inconclusa, y en alguna ocasión «errada» del maestro; Sánchez Barbudo purgándose de la fuerte influencia de la obra del maestro en sus años de juventud; Américo Castro o Juan Larrea reconciliándose con quien les había influido muy a su pesar o José Bergamín, eterno deudor de Unamuno, por quien profesaba una fe ciega, pero con poética y pensamiento propios.

La obra está dividida en XVI capítulos, con una introducción y una «postdata». En los primeros se da la palabra, de manera individual, a aquellos autores que lo consideran maestro, a pesar de que Unamuno jamás tuvo una escuela propiamente dicha, como José Ferrater Mora, Jacinto Grau, Eugenio Ímaz o José María Quiroga, para continuar con un par de capítulos dedicados al Unamuno poeta y filósofo. Es esencial para el exilio republicano la lectura unamuniana de María Zambrano, que influyó notablemente las reflexiones de muchos de ellos, en especial las de Ferrater Mora sobre la idea de España y los males que la aquejaban y el «quijotismo eterno» y las de Segundo Serrano Poncela o el dramaturgo Jacinto Grau sobre ese sentir trágico de la vida, la idea de la soledad, la muerte y la inmortalidad del alma. Recoge, también, Juan David García Bacca, el testigo de Zambrano al intentar dar «forma filosófica a las revelaciones unamunescas» que a su vez, en una espiral casi inagotable, influirá notablemente en el «último unamuniano», nombre que Martín Gijón da a José Bergamín, al que dedica el último capítulo del libro.

La reivindicación poética del vasco salmantino, en cambio, corre a cargo de Juan José Domenchina y Benjamín Jarnés - continuador del pensamiento de Ferrater Mora - y concluye con un sorprendente Luis Cernuda, que, al contrario del resto de los exiliados, reivindica

exclusivamente la poesía de Unamuno y desprecia su prosa y su interpretación del Quijote. Cernuda llegó a considerarlo el único poeta que podía reivindicar un lugar al lado de Quevedo o Góngora, aval que usa Martín Gijón para defender que la lírica de Unamuno dejó una fuerte huella en los autores del exilio y, en particular, en León Felipe que hizo suya «la poesía como grito».

Tras un breve capítulo en el que la voz de los exiliados lo presentará en Francia, Cuba o Inglaterra, los sucesivos están dedicados a Salvador de Madariaga que vislumbra en Unamuno un liberalismo del que se siente partícipe, a Salvatore Mitxelena que, en un truco de prestidigitador, lo reivindica para la causa nacionalista vasca a pesar de su enconado rechazo al euskera y su constante oposición a Sabino Arana, o a César M. Arconada que desde el exilio comunista en la angustia unamuniana no lee una característica esencial del español sino un conflicto irresuelto. El capítulo XIII está dedicado a un estudioso brillante, Carlos Blanco Aguinaga, perteneciente a la 'segunda generación' del exilio, aquellos que aún eran niños cuando marcharon de España, que vislumbra dos Unamunos, el agónico y el contemplativo.

Los dos últimos capítulos son un juego de luz y sombras. Mientras el XIV está dedicado a la disidencia en el exilio - que a pesar de ser minoritaria, la hubo -, en particular a la de Ramón J. Sender, que siempre consideró al vasco mal escritor, mal filósofo y peor dramaturgo y poeta, además de criticar lo que consideraba una mala apropiación del Quijote, el capítulo XV, en cambio, está dedicado a José Bergamín, su más ferviente admirador hasta el último de sus días y, como bien indica Martín Gijón, el continuador más explícito de la obra unamuniana en la escritura de los desterrados.

Lo interesante de este libro, galardonado con el XVII Premio de Ensayo Miguel de Unamuno de la ciudad de Bilbao en el año 2017, es la posibilidad que brinda de contemplar todas las voces del exilio, muchas de ellas rescatadas del olvido por el autor en una empresa titánica de investigación, porque Unamuno - y que Martín Gijón lo destaque es un gran acierto - fue recibido desde todas las ideologías políticas, pues el republicanismo estuvo muy lejos de alinearse como bloque político homogéneo, al contrario, se destacó por la miríada de opciones políticas que propuso. Esta obra es, pues, una polifonía de voces unamunianas de muy distinta índole y signo que demuestran una recepción plural del pensamiento y la obra del vasco salmantino y una invitación para profundizar, a su vez, en la recepción unamuniana de estos autores en los contextos latinoamericanos que los acogieron.

